

Eduardo Mata sobre el podio

Pablo Espinosa

La perilla de la batuta descansa sobre la línea de la palma de su mano y se extiende hasta el pulgar. La rodilla derecha flexionada mientras el pie se sostiene con la punta de los dedos sobre el podio. Además de director de orquesta, su efigie deviene bailarín, una versión masculina de las estatuas en bronce de Degas.

Su traje es tan blanco como el sonido: gong, instrumentos de aliento: lento y triste, lento y grave, lento y doloroso: la *Gimnopedía Uno* de Erik Satie en versión orquestada por su amigo Debussy.

Todo en la Sala Nezahualcóyotl es magia y encanto, una ceremonia sensual de intimidad y ascenso, encabezada por Eduardo Mata desde el podio al frente de la Sinfónica de Dallas, de la que es titular luego de una carrera fulgurante cuyo punto de despegue fue el encabezar los destinos definitivos de la Orquesta Filarmónica de la UNAM.

El traje blanco del director de orquesta se convierte en una nube que emite centellas, saetas, líneas curvas y rectas que se convierten en sonidos en cuanto llegan a sus destinatarios: la batuta apunta hacia los alientos maderas y se enciende entonces la respiración vegetal del mundo.

Ahora la mano izquierda pide calma a los violines segundos mientras la derecha, cuya terminal es la batuta, acelera el pulso cordial de la sección de violonchelos.

Cuando Eduardo Mata está en el podio la armonía del mundo se instala en mentes y corazones: los integrantes de la orquesta se sienten seguros, cómodos, hábilmente conducidos a buen puerto mientras el público exulta de felicidad.

Todo eso comenzó en 1966, cuando Mata fue nombrado titular de la Filarmónica de la UNAM.

La orquesta, literalmente, sobrevivía. No llegaba a diez el número de sus integrantes con sueldo normal y el número de conciertos al año se reducía a cinco o seis en promedio.

Con la llegada del joven director mexicano, de entonces veinticuatro años, todo cambió.

El apoyo institucional fue definitivo: Javier Barros Sierra, entonces rector, habilitó con Gastón García Cantú, titular de Difusión Cultural, un proyecto destinado a rescatar a la orquesta universitaria e inclusive dotarla de una sede.

El plan de trabajo del joven Mata incluyó un balance entre partituras de repertorio y las nuevas composiciones que en Europa producían en ese momento Karlheinz Stockhausen, György Ligeti, Pierre Boulez, Luciano Berio, entre otros maestros.

Era como un gran cuerno de la abundancia: los planes de Mata contemplaban, por vez primera en la historia de México, el ciclo completo de las sinfonías de un compositor austriaco apenas conocido por unos cuantos.

La reticencia de los integrantes de la orquesta y otros factores obligaron a postergar cuatro años tal proyecto, que habría de cumplirse con otra orquesta: la Sinfónica Nacional, en el Palacio de Bellas Artes, cuando cobraron vida las nueve sinfonías de Gustav Mahler y con el tiempo ese autor se convertiría en uno de los predilectos del público, las orquestas y los directores mexicanos.

Este 5 de septiembre de 2012 se cumplieron setenta años del natalicio de Eduardo Mata, compositor, el mejor director de orquesta en la historia de México y uno de los más importantes impulsores culturales del país. Al igual que Gustav Mahler, Mata completó la figura ideal de composi-

tor/director: un músico completo que conoce las entrañas de la redacción sonora y lleva a la realidad lo que otros autores pusieron en papel.

Para conmemorar el septuagésimo aniversario del nacimiento de Eduardo Mata (1942-1995), un programa amplio de actividades se desarrollan como parte de un Homenaje Nacional en su memoria.

Su desaparición física, ocurrida el 4 de enero de 1995, queda como una de las mayores tragedias de la cultura nacional.

Apasionado de la aeronáutica, bailar danzón, leer, escribir música, disfrutar la vida, la mañana del cuarto día de 1995 piloteaba su avioneta particular cuando una falla mecánica lo obligó, con su copiloto: su mujer, Marina Anaya, a buscar un aterrizaje forzoso pero todo fue en vano. El estruendo del aparato sobre tierra aún resuena en la memoria colectiva como una herida incurable.

La cultura mexicana registra pérdidas trágicas: Rosario Castellanos electrocutada con un secador de pelo en su bañera; Jorge Ibargüengoitia en un accidente de avión en el aeropuerto madrileño de Barajas; el poeta José Carlos Becerra en un accidente automovilístico en la carretera cercana a la ciudad italiana de Brindisi.

De entre esas muertes la pérdida de Eduardo Mata no solamente cimbró a la comunidad cultural nacional, sino que sus consecuencias aún son palpables: un estado generalizado de orfandad en el sentido de que no hay una figura líder, un ejemplo, un motor que anime la alicaída cultura musical de México de hoy en día.

Ciertamente la actividad de Eduardo Mata antes de fallecer lo mantenía alejado de los podios como director de orquesta, salvo unas esporádicas presentaciones al

frente del grupo Solistas de México. Su proyecto consistía en retornar a su amado trabajo como compositor.

Pero su sola presencia física infundía un estado de normalidad, una perspectiva de crecimiento, una seguridad en los pasos a seguir.

Sus herederos artísticos siguen pugnando por los ideales que en vida enarbó Eduardo Mata: Ignacio Toscano, Sergio Vela, el Cuarteto Latinoamericano, Roberto Kolb y una lista por fortuna extensa.

Al maestro Eduardo Mata debemos el cambio más importante en la historia cultural de México: por vez primera la música dejó de ser de unos cuantos, para convertirse en un ritual de alegría, convivencia, camaradería, solidaridad y todas las nobles acciones que despierta la música.

La creación de públicos para la música sinfónica es quizás el trabajo más importante de entre las muchas tareas que completó Eduardo Mata.

Para lograrlo remontó todo pronóstico, empezó de cero, construyó cimientos.

A sus veinticuatro años asumió el camino doble: componer y dirigir, y con el tiempo la batuta le ganó a la pluma: tener un modo de subsistencia económica resultó imperativo y por lo tanto el podio ganó al escritorio.

Como compositor, fue el primero en escribir una obra con técnica serialista: su *Sonata para piano*. Destaca también, por su belleza, su *Tercera sinfonía*, donde denota influencia de Pierre Boulez, así como en su *Segunda sinfonía* remite al estilo de Johannes Brahms. El uso de la notación gráfica, las audacias propias de Stockhausen y Berio, autores que estudiaba y estrenaba en México mientras componía, son algunas de las aportaciones de Mata a la composición mexicana de música.

Se situó, de acuerdo con la calificación del crítico de música José Antonio Alcazar, “dentro de un voraz pluripartidismo musical. Una tensión infatigable y una violenta captación de los universos sonoros actuales” pueden apreciarse en las partituras de Eduardo Mata.

El pensamiento musical de Eduardo Mata se asienta en el humanismo. Así como su escritura musical recoge y evoluciona los lenguajes de su actualidad, su manera de dirigir orquestas contempla asimismo el contexto social, cultural, histórico y político que envuelven tanto el origen y la creación de la partitura en turno, como sobre todo su público.

El público, alertaba siempre Mata, ha sido secuestrado por los medios de comunicación masiva, constituidos en industrias.

Y tal secuestro ahondó la brecha entre música “culta” y música popular. Una división tan afrentosa, consideraba Mata, como cuando en el siglo XVIII en Europa se separaba la música religiosa de la profana.

El consumo cultural, convertido en negocio, depauperó el gusto musical. La gente no se acerca a las salas de concierto convencida —por el fenómeno de consumo comercial, fácil y cómodo, sin compromiso alguno— de que la música de concierto es para cultos y enterados.

“Los medios, erigidos en industrias —apuntó en su discurso Mata cuando ingresó en 1984 a El Colegio Nacional—, han ido acondicionando al público. La música clásica, y en particular la de autores contemporáneos, se ha ido arrinconando en nuestra sociedad para convertirse en una subcultura de iniciados”.

Con ese estado de cosas rompió Eduardo Mata y edificó en su lugar verdaderas fiestas culturales cuando, al frente de la Sinfónica de la Universidad, que reconstruyó como Filarmónica de la UNAM, atiborraba el Auditorio Justo Sierra, de la Facultad de Filosofía y Letras, de un público pletórico, febril, entusiasmado: los jóvenes universitarios. No había siquiera publicidad, ni “difusión”; fue la autoridad moral de Eduardo Mata, su honestidad y entrega al bien común, la buena nueva comunicada de boca en boca, lo que convocó a miles de jóvenes.

Ahí, en ese auditorio, Eduardo Mata nos cambió la vida a miles de mexicanos.

Las sinfonías de Beethoven, las partituras de Stockhausen, Boulez, Berio, Brahms, los conciertos, las oberturas, el amplio universo de la música se abrió para quienes disfrutamos de aquellos conciertos donde algunas veces el único lugar disponible era junto al podio del director, entre tanta algarabía.

Desde ese momento y a lo largo de toda su carrera, Eduardo Mata formó a varias generaciones de melómanos, formó públicos variopintos: quienes no faltábamos a sus conciertos, los que elegían los programas a asistir, los que se lanzaron a las tiendas de discos a hacerse de sus propias bibliotecas y los que al menos un par de veces presenciaron y formaron parte de esas ceremonias y su vida ya no volvió a ser la misma, para convertirse en una vida mejor.



Eduardo Mata

© Janice Rubin / Archivo Carmen Cirici-Venalló

Hacer mejores personas era el propósito de Eduardo Mata. La musicóloga Gloria Carmona lo puso así: “el propósito primordial de la estancia de Mata en la Universidad no fue el robustecimiento artístico y profesional del grupo sinfónico solamente, sino la tarea específica de ejercer la música como un valor trascendental para la formación y educación de la juventud”.

Amar la música, entenderla, pero no en el sentido de quienes creen que la música hay que entenderla, es decir, mediante juicios y valores intelectualoides, sino entenderla, profesaba Mata sin decir palabra alguna, simplemente haciendo delirar a su joven público, como una forma de conocimiento, una manera de hallar nuestro lugar en el mundo, una forma de ser mejores personas.

Palacio de Bellas Artes, un domingo al mediodía: Eduardo Mata dirige *La canción de la tierra*, de Gustav Mahler, en el mismo recinto donde, en 1976, dirigió todas las obras del autor austriaco.

Todo transcurre entre la bruma de los sentimientos humanos volcados en acciones sublimes por el compositor. Al final, la palabra *ewig*: eternamente, eternidad, por siempre, sin cesar, perpetuamente, para siempre, queda guindada en el aire nacida de los labios de la cantante solista.

Desde ese instante mi visión se nubla, se vuelve líquida: a través de las lágrimas veo a Eduardo Mata flotar con su traje blanco, su batuta blanca, su sonrisa blanca, agradeciendo los aplausos.

Qué digo aplausos, vítores, gritos, aclamaciones, como si la acción se desarrollara en un estadio y no en una sala de conciertos.

Atrás de mí escucho entre las brumas: ¡Maaataaaa! ¡Maaataaaa! ¡Maaataaaa!, gritos emitidos por Luis Pérez y Emilio Fuego, irredentos mahlerianos y también alumnos, porque Mata se hizo de esa forma maestro de miles, y fervientes seguidores.

La música no cesa. Las lágrimas tampoco. La salida en tropel del público que había llenado el teatro de Bellas Artes se sucede en un gotear el piso de lágrimas. Afuera, el sol de mediodía incesante. Busco refugio, qué barbaridad, esto de llorar en público. Ya sé, la Alameda, camino a buscar refugio, pero ese lugar en domingo al mediodía es más que una Meca popular.



Con los Solistas de México, 1992

Recuerdo los versos de Ezra Pound: “rostros entre la multitud / hojas de una húmeda, oscura rama”.

Al día siguiente, no hay casualidades, me topo en la calle con Eduardo Mata y me acerco con la irreverencia, el arrojo y el atrevimiento que otorga ser un mozalbate enaltecido por la música que practicaba Eduardo Mata: “Maestro Mata, muchas gracias por ese Mahler de ayer. En cuanto usted dio la entrada al par de arpas, cruzó usted el umbral y abrió un portal dimensional, una ventana al cielo”, lancé, irreflexivo y, con generosidad sin límite, el maestro respondió al mozalbate, ante su asombro: “Efectivamente, Pablo, Mahler utiliza las arpas para marcar umbral, el inicio de un ascenso colectivo”.

Sus enseñanzas se multiplicaron por el mundo: reconstruyó a la orquesta universitaria y le construyó una sede: la hermosa Sala Nezahualcóyotl, cuyo modelo completó Mata tomando como referentes la Philharmonie, que es la sede de la Filarmonía de Berlín, y el Concertgebouw de Amsterdam.

El escenario isabelino tiene un significado trascendente: que el público envuelva a la orquesta, que los músicos estén junto a su público, como una memoración y acción perdurable de cuando los jóvenes envolvíamos a la orquesta en el Auditorio Justo Sierra.

Antes de que se inaugurara la Sala Nezahualcóyotl, Eduardo Mata voló a Dallas,

Texas, para hacerse cargo de la sinfónica de esa ciudad, y también la hizo renacer de entre sus cenizas y también no solamente reconstruyó una orquesta sino que le construyó una sede: la Sala Morton H. Meyerson.

En ambos casos, tanto en la UNAM como en Dallas, el nombramiento de Eduardo Mata conllevaba el proyecto de construir una sala de conciertos para la orquesta cuya reconstrucción se le había encomendado.

Conjuntar voluntades, propiciar el acopio de fondos, acompañar el minucioso proceso de complimentación de detalles, en especial la acústica, y llenar esas salas no solamente de excelencia musical, sino de un público nuevo son hazañas que pocos hombres logran en una vida entera.

A Eduardo Mata le debemos eso y mucho más. Velar porque se cumplan sus ideales, vigilar que su legado esté vigente, pugnar porque su preocupación ante el desastre de la educación en México, en general, y de la educación musical, en particular, son tareas nobles y dignas del mejor homenaje a Eduardo Mata.

Su traje blanco, su batuta de marfil: flexiona la rodilla izquierda, levanta el dedo meñique con la elegancia de un *dandy* que se lleva a la boca con delicia unos buenos tacos de cachete, buche y nenepil, danza también con la otra pierna y de su mano libre surge un relámpago que se convierte en sonido y nos revienta en la crisma para hacernos levitar mientras Eduardo, desde el podio, dulcemente sonríe. **U**